

BLAS DE LEZO

ATAQUE DE CARTAGENA DE INDIAS

Una de las más grandes figuras de España en el siglo XVIII es el general D. Blas de Lezo, general de galeones, heroico marino en Gé-

nova, en Orán, en el Mediterráneo y en América.

En aquella época de triste y veloz decadencia del poder español por la imbecilidad de sus políticos, la noble figura de Lezo se destaca como un astro en la obscuridad.

Antes de ir á encontrar á don Blas de Lezo en Bocachica, impávido ante la lluvia horrorosa de fuego y plomo que hace caer sobre aquellos desmantelados muros el almirante británi-



BLAS DE LEZO

co Sir Eduardo Vernón, al frente de una de las escuadras más poderosas que han surcado el Océano, Sernos de apuntar algunos datos biográficos del valerosísimo almirante español que á los cuarenta años mandaba siete navíos en la conquista de Orán, donde se habían dado cita los mas ilustres capitanes de su época.

Lezo había nacido en Pasajes (Guipúzcoa) en 1687 y se había educado en colegio militar de Francia, del que salió ya guardia marina, á los catorce años de edad, viniendo á encontrarse, casi un niño, en reñidos combates, entre ellos el que sostuvo la flota española en aguas de Vélez-Málaga (1740) contra las escuadras combinadas de Inglaterra y Holanda.

Asombro producirá al leer aquí que D. Blas de Lezo antes de cumplir los diez y ocho años se distingue tan bravamente en aquella sangrienta batalla que siendo un niño causa la admiración de jefes encañecidos entre el humo de la pólvora.

En lo más recio del combate, un a bala de cañón le arranca la pierna izquierda y no consiente que lo lleven á la enfermería, manteniéndose en el puesto de honor en tanto continúa el fuego.

El almirante conde de Tolosa, admirado de tanto valor, lo colma de elogios y lo asciende sobre el mismo puente en que cae Lezo desvanecido por la consiguiente pérdida de sangre.

Capitán de fragata en 1710, se apodera de once naves enemigas, la mayor de veinte cañones, entre ellas el navío inglés «Stanhope», de cuyo encuentro sale lleno de heridas.

Jefe de Escuadra en 1731, se le confiere el mando de la del Mediterráneo, á las órdenes del infante D. Carlos; manda, como hemos dicho al principio, siete navíos en Orán y tras de incalculable número de combates, en aquellos tiempos en que el dominio del mar era disputado con verdadera furia, sale para Costa Firme con el cargo de general de galeones, llevando el «Conquistador» y el «Fuerte» á unirse con los de América.

Contra este caudillo fué enviada en 1741 la poderosa expedición naval y militar de Sir Eduardo Vernón, que hacia dos años rondaba á Cartajena de Indias, ambicionada por Inglaterra y entonces en pésimas condiciones de defensa. El año anterior había sido rechazado ya por Lezo que desplegó en tal ocasión todas sus brillantes dotes de militar y marino.

El virrey de Nueva Granada, D. Sebastián Eslava, envióle los nece-

sarios auxilios, y ya en mejores condiciones D. Blas de Lezo, esperó el nuevo ataque; más que probable, seguro, al extremo de haberse acunado con antelación en Londres una medalla donde se veía á D. Blas de Lezo hincado de rodillas ante el almirante inglés que le tornaba la espada, con esta leyenda: «La soberbia española humillada por el almirante Vernón.» En el reverso decía: «Los héroes británicos tomaron á Cartagena en Abril de 1741.» Esto se llama vender la piel del león antes de haberlo cazado.

El 13 de Marzo de este año, se presentó ante Cartagena la armada de Vernón, compuesta de ocho navios, de tres puentes, veintiocho de linea (es decir, de dos baterías) doce fragatas desde 20 á 50 cañones, dos bombardas, varios brolotes y la friolera de cien treinta transportes llevando diez mil hombres de tropa, dos mil y ciento negros de Jamaica, un regimiento norteamericano y quince mil hombres de marina.

Ciertamente, ante ese alarde de fuerza, con el cual Alejandro, César ó Napoleón hubieran tomado un continente, aparece más grande y más gloriosa y más insigne y más orlada de laureas la egregia figura de D. Blas de Lezo, á quien confía España su honra para que la defienda tras de unos muros desmantelados, (á que había pegado fuego por tres veces el temerario Drake), con mil y cien soldados, trescientos milicianos, dos compañías de negros y mulatos libres, seiscientos indios de campo, seis navios, cuatrocientos hombres de tropa de marina y otros marineros.

Hasta el 20 se lo pasó Vernón efectuando sondeos y reconocimientos y ese día rompió el fuego con sus navios sobre las fortalezas de San Felipe y Santiago, dejándolas por tierra. Igual suerte corrieron las de San Luis y San José.

En tanto desembarcaba aquél poderoso ejército alzando donde quizara baterías y parapetos, Lezo, en campo libre, pudiendo con más motivo que algunos jefes españoles contemporáneos, pedir capitulación, se retira con sus tropas á la playa que recibe en pocos días seis mil bombas y diez y ocho mil balds rasas de cañones... ¡Una montaña de hierro!

Pero de hierro eran también aquellos hombres que coronaban las murallas de Cartagena de Indias, una nueva Gerona por el valor y el sufrimiento.

Amaneciendo el 21, cuando los cañones británicos arrasaban la

plaza, Vernón lanza cuatro mil hombres de la flor de sus tropas contra ella.

Perdida irremisiblemente la partida, porque los defensores abrumados por el número iban á ser vencidos, hacen una salida desesperada doscientos cincuenta soldados de marina á la bayoneta; secúndalos D. Blas de Lezo al frente de unos cuantos compañeros, y los ingleses se declaran en retirada, dejando ochocientos hombres tendidos sobre el campo, y doscientos prisioneros, en su mayor parte mal heridos.

¿A qué continuar? No obstante sus poderosos medios de ataque, el almirante Vernón preparó cautelosamente la retirada, dejando en su campamento una impedimenta extraordinaria y valiosa.

El día 25 no se descubría una sola vela inglesa en el horizonte.

Vernón perdió en el sitio, víctimas de las balas, la disenteria y el escorbuto 18.000 hombres, y de su formidable flota veinte navíos.

No sabemos el destino que se haya dado á la famosa medalla en que aparecía D. Blas de Lezo de rodillas,

El valeroso marino sobrevivió muy pocos días á su hermosa victoria, falleciendo el 7 de Septiembre de aquél mismo año en Cartagena, agotado por las fatigas de la defensa.

